

4. *Fuerza del cristianismo primitivo*. En *Lucus*, N° 3 (2002) pp. 9-39

*RESUMEN. El cristianismo fue predicado por una comunidad pequeña, con escasa formación cultural y sin medios. ¿Cómo se explica su rápida difusión? ¿Cuáles fueron los motivos para que emperadores romanos lo persiguiesen a lo largo de doscientos cincuenta años? ¿Por qué cambió de modo inesperado radicalmente la situación y gozó el cristianismo de muchos y grandes privilegios? ¿Qué vieron los emperadores romanos antes y después en el cristianismo?*

*ZUSAMMENFASSUNG. Das Christentum wurde von einer kleinen kulturell kaum gebildeten und mittellosen Gemeinde gepredigt. Wie erklärt sich seine schnelle Ausbreitung? Welche waren die Gründe dafür, dass es römische Kaiser zweihundertfünfzig Jahre lang verfolgten? Warum änderte sich unerwartet von Grund aus die Lage und genoss das Christentum viele und wichtige Vorrechte? Was sahen die römischen Kaiser vorher und später im Christentum?*

La rápida difusión del cristianismo primitivo, las reiteradas persecuciones de que fue objeto, primero por el judaísmo en el lugar mismo de su nacimiento y en la diáspora, y luego por las autoridades romanas a lo largo y ancho del imperio, y la aceptación final por obra de Constantino, a la cual siguió toda clase de privilegios, nos plantean una serie de preguntas: ¿Qué factores le dieron al cristianismo primitivo su fuerza de difusión? ¿Por qué nada menos que emperadores, procónsules, gobernadores, intelectuales pusieron tanto empeño en combatir una religión a la que, por otra parte, parecían despreciar a causa de contradicciones y absurdos que deberían hacer desmoronarse por sí misma a cualquier organización? ¿Qué vieron realmente en el cristianismo? ¿Qué es lo que les dio fuerza a los cristianos para resistir a las persecuciones por espacio de 250 años? ¿Por qué en un período relativamente corto cambió la actitud de los emperadores romanos de un modo radical, pasando desde la persecución más cruel a la concesión de privilegios, donaciones y protección de todo tipo? Sobre estas preguntas quisiéramos hacer algunas reflexiones.

### 1. Rápida propagación del cristianismo

Lo primero que llama la atención desde un punto de vista histórico es la rápida difusión del cristianismo; sobre todo si se tienen en cuenta las circunstancias de sus comienzos. Un grupo reducido de hombres de escasa formación y sin medios, en medio de una religión judía bien constituida, con importantes maestros e intérpretes de la Biblia. Luego el encuentro con el mundo cultural griego, con conceptos e ideas diferentes, con una cultura filosófica y científica y con una visión del mundo muy distinta y mucho más elaborada. Y todo esto con una resistencia y oposición constante por parte de unos y otros. Para hacer frente a todo esto, el cristianismo primitivo no disponía de otros medios que de la palabra. Ni disponía de bienes materiales, ni de fuerza militar, como sucedería más tarde en las conversiones en masa, por la conversión de los gobernantes; o como sucedió en el islam, donde muy pronto se acudió a la lucha y se hizo de la guerra un medio de difusión.

No fue éste el caso del cristianismo primitivo. Sin embargo, su difusión fue rápida. Por supuesto habrá que ponderar bien los datos de las fuentes cristianas. El libro de los *Hechos de los apóstoles* parece que abulta las cifras en algunos casos, como cuando habla de 3000 convertidos después del discurso de Pedro; o cuando en 6,7 se dice que creció mucho el número de discípulos y que incluso gran cantidad de sacerdotes se adhirieron a la fe. Pero en los viajes de Pablo los números de convertidos son casi siempre moderados.

Hacia mediados del siglo II escribía Justino: “No hay raza alguna de hombres, llámense bárbaros o griegos o con otros nombres cualesquiera, ora habiten en casas o se llamen nómadas sin vivienda o moren en tiendas de pastores, entre los que no se ofrezcan por el nombre de Jesús crucificado oraciones y acciones de gracias al Padre y Hacedor de todas las cosas”.<sup>1</sup>

Y hacia finales del siglo II o principios del III escribía Tertuliano aquellas palabras más conocidas: “*Hesterni sumus et orbem iam et vestra omnia implevimus...* Somos de ayer y llenamos ya el orbe y todo lo vuestro: Ciudades, islas, castillos, municipios, lugares de reunión. Los mismos campamentos, tribus, decurias, palacio, senado, foro; os dejamos solos los templos”<sup>2</sup>

Sin duda, habría que tomar estas afirmaciones con espíritu crítico, tratándose de escritos apologéticos. Pero parece que la gran difusión fue un hecho. Hacia el año 107 fue martirizado San Ignacio de Antioquia en Roma. Camino del martirio, Ignacio escribe siete cartas a iglesia sede Asia y a la de Roma. Las cartas parecen dejar ver que se trataba ya de iglesias bien asentadas y constituidas.

Hubo también autores paganos que con menor entusiasmo y de forma mucho más comedida escribieron a principios del siglo II, dejando ver una gran difusión del cristianismo. Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, en Asia Menor, le escribe a Trajano pidiéndole consejo acerca de lo que debe hacer con los cristianos. En la carta se dice: “El asunto, efectivamente, me ha parecido que valía la pena de ser consultado, atendiendo sobre todo el número de los que están acusados. Porque es el caso que muchos de toda edad y de toda condición, de uno y otro sexo, son todavía llamados en justicia y lo serán en adelante. Y es que el contagio de esta superstición ha invadido no sólo las ciudades, sino hasta las aldeas y los campos”<sup>3</sup>.

Tácito, por el mismo tiempo, escribe acerca de la persecución de Nerón, que tuvo lugar con motivo del incendio de Roma el año 64. Y dice así de los cristianos: “Y habiendo sido reprimida, por entonces irrumpió de nuevo la perniciosa superstición, no sólo por Judea, origen del mal, sino también por la urbe, a donde confluye y se celebra cuanto de atroz y vergonzoso hay por dondequiera”<sup>4</sup>.

Y Minucio Félix pone en boca del pagano Cecilio estas palabras: “Y como actualmente lo malo se propaga de modo más fecundo, favorecido por la creciente corrupción de las costumbres, se multiplican por todo el orbe los santuarios abominables de esta impía coalición”<sup>5</sup>.

Estos testimonios de autores paganos son del tiempo de las cartas de San Ignacio y cerca de un siglo anteriores a los escritos apologéticos citados antes. La difusión rápida del cristianismo parece un hecho cierto.

¿Cuáles fueron los motivos de esta pronta difusión? ¿Entre qué clase de personas se propagó el cristianismo? Celso considera a los cristianos como gente vil y mísera:

<sup>1</sup> Justino, *Diálogo con Trifón*, 117,4

<sup>2</sup> Tertuliano, *Apologético*, 37,4

<sup>3</sup> Plinio, *Epistolarum*, X, 96

<sup>4</sup> Tácito, *Anales*, 15,44

<sup>5</sup> Minucio Félix, *Octavio* IX,1

“Hay una raza nueva de hombres nacidos ayer, sin patria ni tradiciones, asociados entre sí contra todas las instituciones religiosas y civiles, perseguidos por la justicia, universalmente cubiertos de infamia, pero autoglorificándose con la común execración: Son los cristianos”.<sup>6</sup> Más adelante añade: “No quieren ni saben conquistar sino a necios, a las almas viles y sin apoyo, a los esclavos, a las pobres mujeres y a los niños”. Y en otro lugar afirma contra judíos y cristianos: “Judíos y cristianos me parecen una bandada de murciélagos o de hormigas saliendo de su agujero, ranas reunidas en torno a su charco, o gusanos en medio de un lodazal, disputándose entre sí cuáles serán los mayores pecadores”.<sup>7</sup>

Minucio Félix, en el diálogo *Octavio*, pone en boca del pagano Cecilio calificativos contra los cristianos: “Forman una conjuración profana de hombres ignorantes recogidos de la última hez de la plebe y mujercillas crédulas, fáciles de ganar por la fragilidad de su sexo, que se juntan en nocturnos conciliábulos y se unen entre sí por ayunos solemnes y comidas inhumanas...; nación que ama los escondrijos y huye la luz, muda en público y gárrula en los rincones”.<sup>8</sup>

Plinio, por el contrario, habla de muchos de toda clase y de toda condición, de uno y otro sexo, de las ciudades, de las aldeas y de los campos. Los historiadores creen que la mayor parte de los cristianos eran gente sencilla, pobre y de las clases populares. Por otra parte, era la que abundaba más, en general. Pero tampoco faltaron gentes importantes en el cristianismo. Ya en los *Hechos de los apóstoles* se habla del centurión Cornelio y de su familia, bautizados por Pedro; y más adelante, de la conversión del procónsul Sergio Pablo y del filósofo Dionisio Areopagita, por la predicación de Pablo. Tácito habla de la conversión de Pomponia Grecina; y Suetonio y Dión Casio hablan de los Flavios, de los Acilios y del senador Apolonio. Escribe Dión Casio en su *Historia romana*: “El mismo año (95) Domiciano hizo degollar, entre otros muchos, a Flavio Clemente, el cónsul, no obstante ser primo suyo, y a la mujer de éste, Flavia Domitila, también pariente suya. A los dos se los acusó de ateísmo, crimen por el que fueron también condenados otros muchos... En cuanto a Domitila (la sobrina) fue sólo desterrada a la isla Pandataria. Mandó también matar a Glabrión, que había ejercido la magistratura con Trajano, acusado, entre otras cosas, de lo mismo que la mayoría, y de que había luchado como gladiador con fieras salvajes.”<sup>9</sup>

También Suetonio, en su *Vitae Caesarum*, dice: “Domiciano mandó matar a muchos senadores, entre los que había algunos consulares. De ellos a Cívica Cereal, en el mismo proconsulado del Asia, a Salvidieno Orfito y a Acilio Glabrión en el destierro, bajo el pretexto de que fomentaban una revolución”. Y más adelante menciona también a Flavio Clemente<sup>10</sup>.

No faltaron, pues, desde el principio gentes nobles que desde un principio se convirtieron al cristianismo. Estos hechos y personajes son del siglo I, de los mismos comienzos del cristianismo. En el siglo II la difusión fue mayor y hubo ya importantes personajes cristianos, como Ignacio de Antioquia, Atenágoras, Justino y otros apologetas; y hacia finales del mismo siglo Ireneo, Clemente de Alejandría y centros de estudios como la escuela catequética de Alejandría o Antioquia.

El cristianismo no fue cosa sólo de gente sencilla. Pero volvamos a la pregunta de antes: ¿Qué motivos tenían las gentes sencillas y las gentes nobles para aceptar la nueva religión? Parece lógico que los motivos serían diferentes y variados. Sin duda

<sup>6</sup> Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*, n. 1

<sup>7</sup> *Ibid.*, nn. 37. 44.

<sup>8</sup> Minucio Félix, *Octavio*, VIII, 4

<sup>9</sup> Dión Casio, *Historia romana*, 67,14

<sup>10</sup> Suetonio, *Vitae Caesarum, Domicianus*, 10,2; 15,1

ejercería un gran influjo el reconocimiento de la dignidad humana por el cristianismo, al considerar al hombre como hijo de Dios e imagen suya. Esto llevaba hacia la práctica del amor hacia todos, a socorrer al débil y al oprimido y a procurar elevarlo. Esta había sido la praxis general del mismo Cristo, tal como nos lo presentan los evangelios: El amor al prójimo, la liberación del mal y de la enfermedad son antepuestos por Cristo a las instituciones más sagradas del templo y del sábado. Este es el mensaje del Cristo de los evangelios, los cuales fueron escritos precisamente en el contexto histórico de estas comunidades del siglo I. Este es también el ideal que el libro de los *Hechos* y las cartas de Pablo y de otros autores del Nuevo Testamento proponen a la iglesia primitiva: Mensaje del amor de Dios a los hombres y necesidad de amar al prójimo para amar a Dios: “A Dios no lo ha visto nadie nunca; si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios está consumado en nosotros”.<sup>11</sup>

Esta doctrina no podía ser sino bien recibida por aquellas masas ingentes de esclavos, de pobres, de gentes sencillas y humildes en una sociedad estratificada de clases. Este mensaje implicaba una desaparición de la esclavitud, aunque no se condenaba de modo explícito. Dice Pablo: “No hay ya judío ni gentil, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni hembra, pues todos vosotros sois uno en Cristo”.<sup>12</sup> “Todos nosotros fuimos bautizados, ya judíos, ya griegos, ya esclavos, ya libres, para formar un solo cuerpo. Y a todos se nos dio a beber un mismo Espíritu”.<sup>13</sup> Y es también conocida la recomendación a Filemón, al enviarle al esclavo Onésimo: “Para que lo recobres no ya como esclavo, sino más que como esclavo, como hermano querido”.<sup>14</sup>

También debía ser bien recibido este mensaje por las mujeres. Cristo rompió con prejuicios de su tiempo en casos como el de la samaritana, la adúltera, la Magdalena. En Pablo hay, sin duda, ambigüedades. A veces habla de sumisión; pero otras habla de igualdad, como en el ya citado paso de la carta a los Gálatas o en la carta a los Corintios: “Ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer, en el Señor. Porque como la mujer procede del varón, así también el varón procede de la mujer; y todas las cosas de Dios”.<sup>15</sup> En la carta a los Filipenses Pablo habla de Evodia y Síntique, dos mujeres que lucharon a su lado en pro del evangelio (*Fil.* 4,2-3). También Plinio habla en su carta a Trajano de “dos esclavas, que se decían ministras o diaconisas”.

Sería precisamente el propio mensaje cristiano el motivo de la aceptación del cristianismo por la mayoría de los convertidos. Se trataba de un mensaje de esperanza y de liberación para los humildes y oprimidos; y de un mensaje aceptable para todos los hombres de buena voluntad. Esto constituía una gran novedad en aquel mundo greco-romano de clases sociales y de grandes masas de esclavos y pobres, que esperaban un cambio de cosas, según documentos de la época<sup>16</sup>. Así escribía Justino acerca de la vida de los cristianos: “Los que amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos lo ponemos en común y damos parte de ello al que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos...”<sup>17</sup>

---

<sup>11</sup> I Jn. 4,12

<sup>12</sup> Gal. 3,28

<sup>13</sup> I Cor. 12,13; Col. 3,11

<sup>14</sup> Fil. 16

<sup>15</sup> I Cor. 11,11-12

<sup>16</sup> B. Llorca, *Historia de la iglesia católica*, vol. 1, p. 159

<sup>17</sup> Justino, *Apología I*, 14,2

Los cristianos practicaron la limosna, como consta ya en los *Hechos de los apóstoles*. En su carta *A los filipenses*, dice Policarpo: “Si tenéis posibilidad de hacer bien, no lo difiráis, pues la limosna libra de la muerte”.<sup>18</sup>

Y Justino también dice que los que tienen bienes ayudan a los necesitados: “Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece; y lo recogido se entrega al presidente y él socorre de ello a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso, y en una palabra, él se constituye en provisor de cuantos se hallan en necesidad”.<sup>19</sup>

Todos éstos eran motivos válidos de aceptación del cristianismo, sobre todo para la gente sencilla, pero también para cualquier hombre de buena voluntad. Algunos, más cultivados, tenían además otros motivos. Los autores hablan de una tendencia monoteísta en aquel ambiente. Esta provenía sobre todo de las religiones orientales, cuyo influjo en el mundo greco-romano fue grande por entonces. Entre estas religiones tuvo importancia el judaísmo de la diáspora, muy presente en algunas ciudades, como Alejandría. Pero tendencias monoteístas las había también en algunos filósofos del platonismo medio o de la filosofía ecléctica de entonces. En Plutarco de Queronea, importante representante del platonismo medio, se ve una preocupación por llegar a una noción más pura de Dios, de un Dios supremo, poniendo por debajo de él otros seres intermedios. Algo parecido se ve en Albino, de la misma escuela, quien distinguía entre el Dios primero ( $\text{πρῶτος θεός}$ ), el  $\text{νοῦς}$  y la  $\text{yuch'}$ , y consideraba el primero como supremo e inmóvil, que opera por medio de los otros. Este monoteísmo presente en el ambiente favorecía también la aceptación del cristianismo.

Finalmente, algunos otros llegaron al cristianismo movidos por la búsqueda de la verdad. Como es natural, estos testimonios son de cristianos que se sintieron satisfechos con la verdad cristiana.

Un ejemplo claro y muy conocido es el de Justino. Este apologeta nació en Palestina y era filósofo. El mismo cuenta en su *Diálogo con Trifón* que buscó la verdad primero en la filosofía: “Yo mismo, en mis comienzos, deseando también tratar con alguno de éstos, me puse en manos de un estoico. Pasé con él bastante tiempo, pero dándome cuenta de que nada adelantaba en el conocimiento de Dios..., me separé de él y me fui a otro, un peripatético, hombre agudo, según se creía. Este me soportó bien los primeros días; pero pronto me indicó que habíamos de señalar honorarios... Yo lo abandoné por esta causa, pues ni filósofo me parecía en absoluto... Me dirigí a un pitagórico... ¡Muy bien!, me dijo. ¿Ya has cursado música, astronomía y geometría?... Hízome un largo discurso de aquellas ciencias, me las presentó como necesarias; y confesándome yo que las ignoraba, me despidió... Estando así perplejo, me decidí por fin a tratar también con los platónicos... Me imaginaba haberme hecho sabio en un santiamén, y mi necedad me hacía esperar que de un momento a otro iba yo a contemplar al mismo Dios”.<sup>20</sup>

Con esta disposición de ánimo se fue a la playa, donde encontró un anciano que fue deshaciendo los argumentos filosóficos de Justino. “Entonces –le dije- ¿a quién vamos a tomar por maestro... si ni en éstos –en Platón y en Pitágoras- se halla la verdad?. Existieron hace mucho tiempo –me contestó el viejo- unos hombres más antiguos que todos éstos tenidos por filósofos..., que se llaman profetas. Estos son los solos que vieron y anunciaron la verdad a los hombres, sin temer ni adular a nadie, sin dejarse vencer de la vanagloria, sino llenos del Espíritu Santo... Por tu parte y antes que

<sup>18</sup> Policarpo, *Ad philipenses*, X

<sup>19</sup> Justino, *Apología I*, 67,6

<sup>20</sup> Justino, *Diálogo con Trifón*, 2,3-6

todo, ruega que se te abran las puertas de la luz, pues estas cosas no son fáciles de ver y comprender por todos, sino a quien Dios y su Cristo concede comprenderlas. Esto dicho y muchas otras cosas..., se marchó el viejo, después de exhortarme a seguir sus consejos y yo no lo volví a ver más”.<sup>21</sup>

Otro caso parecido es el de Clemente Alejandrino, también filósofo, nacido en Atenas. Viajó por varios lugares, hasta que encontró la verdad en el cristianismo, en su maestro Panteno, fundador de la escuela catequética de Alejandría.

Estos casos serían los menos. Y en cualquier caso habría que preguntarse qué fue lo que los condujo al cristianismo. No pensamos que fuera el monoteísmo ni otra verdad doctrinal, sino más bien la praxis vital presente en el mensaje cristiano. Tendencias monoteístas las hubo también en Celso, representante del platonismo medio, y sacó con respecto al cristianismo consecuencias totalmente opuestas a los autores citados, convirtiéndose en uno de sus mayores detractores. Y buscador de la verdad fue también Marco Aurelio, el cual llegó incluso a perseguir a los cristianos.

La fuerza de la propagación del cristianismo parece que habría que buscarla mucho más en la vida que en las ideas, mucho más en la vitalidad del mensaje que en la doctrina teórica. Y captar esta esencia de la religión es, más bien, propio de una experiencia personal, global y compleja, en relación con una intuición también global; experiencia e intuición que estarían integradas por factores diferentes: Sentimiento, afectos, intelecto, sensibilidad, etc. Estas ideas sobre la experiencia religiosa han sido objeto de reflexiones frecuentes por parte de la fenomenología de la religión, siguiendo una tradición cuyos representantes más sobresalientes en tiempos recientes serían Schleiermacher o Rudolf Otto.

## 2. Fuerza de la religión y persecuciones

También aquí hay datos que desde un punto de vista histórico llaman la atención: Una religión naciente, predicada por hombres sencillos, difundida con rapidez, sí, pero que al fin y al cabo no dejaba de ser un grupo minúsculo en medio del inmenso imperio; y no obstante objeto de persecución apenas nacida –la persecución de Nerón es del año 64- no ya por este o aquel gobernador de provincia, sino por el propio emperador de Roma. Esta actitud choca aún más si se piensa en el contexto: Roma dejaba libertad a los pueblos vencidos para seguir venerando a sus dioses. Muchas veces, favoreciendo la armonía, se asociaban dioses romanos a los dioses paganos, como sucedió por nuestras tierras: Júpiter-Candamino, Marte-Telero, Marte-Sagato, Vaco-Caburio, etc. Incluso a los judíos se les permitió venerar a Yavé. ¿Qué vieron en el cristianismo para perseguirlo de manera tan cruel desde un principio y por espacio de 250 años, aunque no fuera incesantemente?

Que la causa del incendio de Roma, atribuida a los cristianos en la primera persecución, fue un invento del propio Nerón para acallar los rumores que lo acusaban a él mismo, lo dice el mismo Tácito: “Así pues, para eliminar el rumor, Nerón consideró como culpables y ejecutó con refinadísimos tormentos a los que, aborrecidos por infamias, el vulgo llamaba cristianos. El autor de este nombre, Cristo, había sido condenado al suplicio por el procurador Poncio Pilato, siendo Tiberio emperador.. Así pues, se empezó a detener a los que confesaban; luego, por indicación de éstos, toda una ingente multitud quedó convencida, no tanto del crimen de incendio cuanto de odio al género humano. A los condenados se le añadieron escarnios, y así unos, cubiertos de

---

<sup>21</sup> Ibid., 7-8

pieles de animales, perecieron en los dientes de los perros; otros, clavados en cruces, eran quemados al caer del día, a modo de luminarias nocturnas... De ahí que aun castigando a culpables y merecedores de los últimos suplicios, se les tenía compasión, pues se tenía la impresión de que no se los eliminaba por utilidad pública, sino por la crueldad de uno solo”.<sup>22</sup> La causa del incendio, un invento de Nerón; y la de odio al género humano tiene la misma apariencia de invento. ¿Qué sentido puede tener una afirmación así?

Una de las razones que se aducen sería la relación con el judaísmo, del cual el cristianismo era considerado como una secta. De hecho Celso ataca duramente a los judíos: “Los judíos, pastores de cabras y ovejas, comenzaron a seguir a Moisés y se dejaron fascinar por imposturas dignas de campesinos y hasta admitieron que existe un solo Dios, al que ellos llaman el Altísimo, Adonai, Celeste, Sabaoth o cualquier otro nombre que les plazca... Además, los judíos adoran a los ángeles y practican la magia, en la que Moisés fue el primero en darles ejemplo...”. Y añade más adelante sobre los mismos: “¿Quiénes son, en efecto, esos judíos..? Son esclavos fugitivos de Egipto, que jamás hicieron algo de notable y que nunca destacaron en nada, ni por su número ni por su importancia”.<sup>23</sup> Las más de las veces, Celso ataca juntamente a judíos y a cristianos.

Tácito, Suetonio o Dión Casio hablan también del antijudaísmo de los romanos. En los años 48-49 hubo una expulsión de los judíos de Roma. Y Sulpicio Severo cuenta de Tito que antes del asalto a Jerusalén fue de la opinión de derribar el templo, para destruir más de raíz la religión de los judíos y de los cristianos, pues ambas religiones, aunque enemigas una de otra, habían partido de los mismos autores. Arrancada la raíz era fácil matar el retoño. Pero se duda de la veracidad de este relato<sup>24</sup>. De todos modos, a los judíos se les permitió practicar su religión y no se los persiguió como a los cristianos.

Las causas de las persecuciones parecen, de entrada, muy complejas y muy variadas. Parece obvio que unas fueron populares y propias de una masa poco o nada crítica, otras propias de gobernantes y otras propias de intelectuales. Se puede hacer otra división, tal vez más funcional, por períodos históricos. Antes de Decio (248-251) las causas manifestadas fueron múltiples, más bien populares y muchas veces vulgares y groseras. A partir de Decio ya en una situación de presencia del cristianismo por todas partes del imperio, se lo persigue porque se lo considera como el mayor peligro para el estado romano.

Las causas que se han presentado en la primera de estas etapas son múltiples. Se ha hablado del influjo de los judíos, quienes en tiempo de Nerón parece que tenían ascendente en Roma. Los judíos irían contra los cristianos por dos motivos, sobre todo. En primer lugar, porque los veían como traidores al judaísmo; y en segundo lugar, porque querían evitar que se extendiese a ellos el odio creciente contra los cristianos, ya que éstos eran vistos como una secta judía. Pero ésta no parece una causa suficiente de las persecuciones, tal como se desarrollaron.

Minucio Félix, en su diálogo *Octavio*, pone en boca del filósofo pagano Cecilio una serie de acusaciones que se cree que son las mismas del panfleto del filósofo estoico Frontón, preceptor de Marco Aurelio. Este panfleto, a su vez, recogía algunas de las acusaciones populares contra los cristianos: “Desprecian nuestros templos como sepulturas, desprecian a los dioses, se mofan de nuestro culto, tienen miseración los miserables (si es lícito decirlo) de nuestros sacerdotes... A menudo entre ellos se da la extraña mezcolanza de religión y desenfreno; y promiscuamente se dan nombre de

<sup>22</sup> Tácito, *Anales*, 15, 44

<sup>23</sup> Celso, *El discurso verdadero*, nn. 5. 45

<sup>24</sup> D. Ruíz Bueno, *Actas de los mártires*, p. 233

hermanos y hermanas, a fin de que la violación, que no es infrecuente, se convierta en incesto por la interposición de un nombre sagrado... Oigo decir que por no sé qué estúpida persuasión adoran como cosa sagrada la cabeza de la bestia más torpe: el asno. Religión digna y como nacida para tales costumbres. Otros cuentan que dan culto a los genitales de su propio presidente y sacerdote, como si adoraran la natura de su padre; no sé si esto será falso, pero en cualquier caso es propio de ceremonias nocturnas y ocultas... Pues sobre la iniciación de sus neófitos corre un rumor tan detestable como sabido. Al que va a iniciarse en estos ritos se le pone delante un niño pequeño cubierto de harina, con lo que se engaña a los incautos. El novicio, invitado a descargar unos golpes que tiene por inofensivos, gracias a la capa de harina, mata al niño con ocultas heridas, producidas por los ciegos golpes. Así, muerta la criatura, todos, ¡qué horror!, lamen ávidamente su sangre y se distribuyen a porfía los miembros... En día fijo se juntan a comer con todos sus hijos, hermanos y madres, hombres de todo sexo y de toda edad. Después de bien hartos, cuando los convidados entran en calor y el vino ha excitado entre aquellos ebrios el fuego de la pasión incestuosa, echan un pedazo de carne a un perro que tienen allí atado a un candelero más allá del alcance de la cuerda, y el animal salta con ímpetu. Derribado así el candelero y apagada la luz que pudiera ser testigo, entre impúdicas tinieblas se unen al azar de la suerte y con indecible torpeza...”.<sup>25</sup>

Acusaciones tan vulgares y groseras se desmoronan por sí solas y no merecen ni comentario. De todos modos ponen de relieve lo que se decía en aquel pueblo. Lo que parece más extraño es que autores intelectuales se hiciesen eco de ellas y las difundiesen. Tal es el caso de Celso en su discurso contra los cristianos: “Mientras las sociedades autorizadas y organizaciones tradicionales se reúnen abiertamente y a la luz del día, ellos mantienen reuniones secretas e ilícitas para enseñar y practicar sus doctrinas. Se unen entre sí por un compromiso más sagrado que un juramento y así quedan confabulados para conjurar con más seguridad contra las leyes y así resistir más fácilmente a los peligros y a los suplicios que les amenazan”.<sup>26</sup>

El mismo Justino siente necesidad de defenderse de “todas esas ignominiosas obras que contra nosotros se propalan”.<sup>27</sup> Y en la *Carta a Diogneto*, el autor siente también la necesidad de afirmar que los cristianos son personas normales: “Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás... Sino que habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable y por concesión de todos sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros... Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho... Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo... Los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio”.<sup>28</sup>

Más inteligentes que las enumeradas antes serían las objeciones provenientes de ideas filosóficas. Celso ataca al judaísmo y al cristianismo por su concepción de Dios y

<sup>25</sup> Minucio Félix, *Octavio*, VIII,4 – IX,7

<sup>26</sup> Celso, *El discurso verdadero*, n. 1

<sup>27</sup> Justino, *Apología I*, 26,7

<sup>28</sup> *Carta a Diogneto*, V



del Mesías, sea como ya venido o como por venir. Celso parte de ideas filosóficas griegas eclécticas sobre Dios como supremo bien o como acto puro: “Dios es bueno, hermoso, feliz; es el supremo bien y la belleza perfecta. Si desciende al mundo, sufrirá necesariamente un cambio... Un cambio y una alteración de esas son compatibles, sin duda, con la mortal naturaleza; mas la esencia inmortal permanece necesariamente idéntica a sí misma e inmutable”.<sup>29</sup> En otros casos Celso parece tener la idea de un Dios determinista, con una providencia detallada sobre un mundo con un orden universal. Critica desde ese punto de vista todo tipo de antropomorfismos, la intervención de Dios en la historia y el orden de la encarnación. Hace también una crítica de los libros sagrados, interpretándolos generalmente de forma literal; pero también critica la interpretación alegórica de los mismos”.<sup>30</sup>

El ya mencionado Cecilio, en el diálogo de Minucio Félix, presenta también argumentos desde la postura agnóstica del platonismo medio. Este afirma los límites del conocimiento humano, para el cual todo es dudoso e incierto, objeto de probabilidad, más que de certeza. Desde esta relatividad del conocimiento arguye que sería conveniente no seguir nuevas religiones y conservar las creencias recibidas de los antepasados, que hicieron grande el imperio. De esta manera se apelaba a cierta experiencia vivida, a cierto pragmatismo histórico, por cierto poco contrastado.<sup>31</sup>

Con esto enlaza otra causa de las persecuciones contra los cristianos que parece más real: el exclusivismo y el proselitismo. Los cristianos eran exclusivistas; no se limitaban a practicar su religión, sino que rechazaban los demás dioses y el culto de los romanos, considerando el cristianismo como la única religión verdadera. Además, trabajaban activamente por hacer prosélitos. En el mismo diálogo de Minucio Félix, se lamenta Cecilio: “Como sea un hecho permanente el acuerdo de todas las gentes acerca de los dioses inmortales, no soporto que haya nadie con tanta audacia y con tanta no sé qué irrelevante sabiduría, que se esfuerce por destruir o debilitar una religión tan vetusta, tan útil, tan saludable... ¿Cómo no gemir –me permitiréis, sin duda, suelte la rienda a la indignación por la causa que defendiendo- cómo no gemir porque hombres de una facción miserable, vedada por la ley, gavilla de desesperados se levanta contra nuestros dioses?”.<sup>32</sup>

A su vez, Celso critica a los cristianos por negarse a honrar a los dioses romanos, por su concepción exclusivista de Dios: “La aversión de los cristianos a los templos, las estatuas y los altares es como el signo y señal de reunión misteriosa y secreta que intercambian entre sí. Su rechazo a participar en las ceremonias públicas se asienta en la misma concepción errada de la divinidad. A pesar de la diversidad de nombres que se le da y la variedad de ceremonias con las que se procura rendirle homenaje, Dios es el Dios común a todos los hombres... ¿Qué impide, pues, que los que le son más devotos tomen parte en las fiestas, se sirvan las carnes consagradas y que participen en los banquetes en honra de los ídolos, si esos ídolos nada son...?”.<sup>33</sup>

Esta causa parece mucho más importante, ya que se creía que los dioses de Roma habían creado la grandeza del imperio. Así lo expresaba también Celso: “No esperaréis, supongo, que romanos, para abrazar vuestra fe, abandonen sus tradiciones religiosas y civiles e invoquen a vuestro Dios, el Altísimo o cualquier otro nombre con que lo denominéis, a fin de que desde el cielo combata por ellos, de modo que no tengan necesidad de ninguna otra ayuda. Porque este mismo Dios, según decís, había

<sup>29</sup> Celso, *El discurso verdadero*, n. 43

<sup>30</sup> *Ibid.*, nn. 43-60

<sup>31</sup> Cf. J. Quasten, *Patrología*, vol. 1, p. 446

<sup>32</sup> Minucio Félix, *Octavio*, VIII,1-3

<sup>33</sup> Celso, *El discurso verdadero*, n. 102

prometido en otro tiempo las mismas cosas y aún más extraordinarias a sus fieles. Ahora veis qué servicios prestó a los judíos y a vosotros mismos. Aquellos, en vez del imperio del mundo, si siquiera tienen un hogar ni terruño propio. Y en cuanto a vosotros, si hay aún cristianos errantes y escondidos, procuran aplicarles la pena capital”.<sup>34</sup>

El rechazo de los dioses parecía implicar un peligro para el imperio. Esta parecería la causa principal y de fondo de las persecuciones contra el cristianismo. Creemos que ésta sería también la causa de otras presuntas “causas” alegadas, incluidas las de filósofos como Frontón o Celso. En éste están unidas, de hecho, la denuncia del peligro del cristianismo contra el imperio con la crítica de la concepción de Dios, de la encarnación, de la persona de Cristo y de las instituciones cristianas, y con otras críticas más vulgares de las que se hace eco. Y sería también esta idea acerca de la relación entre religión e imperio la que llevó a inventarse las causas burdas y groseras enumeradas antes, con el fin de suscitar el odio contra los cristianos en el vulgo, poco apto para entender otros argumentos.

A la oposición al culto a los dioses romanos habría que añadir el culto al emperador, con el que se afirmaba de modo aún más estrecho la relación entre imperio y religión. Esta causa sobre el culto a los dioses y al emperador se ve también en la carta de Plinio a Trajano, documento importantísimo por las interesantes noticias que da, por ser de una época muy temprana, por venir de un autor pagano y por su tono equilibrado. Dice así: “A los que negaban ser o haber sido cristianos y lo probaban, con fórmula por mí propuesta a los dioses y ofreciendo incienso y vino a tu estatua, que para este fin mandé traer al tribunal con las imágenes de las divinidades, y maldiciendo por último a Cristo, juzgué que debían ser puestos en libertad. Otros incluidos en las listas del delator dijeron sí ser cristianos, pero inmediatamente lo negaron; es decir, que lo habían sido, pero habían dejado de serlo, unos desde hacía tres años, otros desde más, y aún hubo quien desde veinte. Estos también, todos adoraron tu estatua y la de los dioses y blasfemaron de Cristo. Ahora bien, afirmaban éstos que, en suma, su crimen, o si se quiere su error se había reducido a haber tenido por costumbre, en días señalados, reunirse antes de salir el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como Dios, y obligarse por solemne juramento no a crimen alguno, sino a no cometer hurtos ni latrocinios ni adulterios, a no faltar a la palabra dada, a no negar, al reclamárseles, el depósito confiado. Terminado esto, decían que la costumbre era retirarse cada uno a su casa y reunirse nuevamente para tomar una comida, pero ordinaria e inofensiva... Con estos informes, me pareció todavía más necesario inquirir qué hubiera en todo ello de verdad... Ninguna otra cosa hallé sino una superstición perversa y desmedida... Mas al parecer, aún puede detenerse y remediarse... con solo dar lugar al arrepentimiento”.<sup>35</sup>

El texto no tiene desperdicio. Ante todo, no hay en el acusaciones vulgares o extravagantes, como en otros casos. Lo único que había era una práctica religiosa, en la que se cantaba, se reconocía a Cristo como Dios y se hacían serias promesas, del todo positivas. Y por otra parte se pone de relieve que el motivo de la condena era persistir en esta creencia, sin renegar ni blasfemar contra Cristo, y no aceptar adorar las estatuas de los dioses romanos ni la del emperador. El motivo era estrictamente religioso. No se hace alusión al peligro que esto suponía para el imperio. Plinio parece que no veía tanto peligro y creía que podría haber remedio dando lugar a un arrepentimiento.

También Justino se refiere a las acusaciones por el simple hecho de ser cristianos y no venerar a los dioses romanos: “Por llevar un nombre no se puede juzgar a nadie bueno ni malo, si se prescinde de las acciones que ese nombre supone... Mas como no

---

<sup>35</sup> Plinio, *Epist.* X, 96

tenemos por justo pretender se nos absuelva por nuestro nombre, si somos convictos de maldad, por el mismo caso, si ni por nuestro nombre ni por nuestra conducta se ve que hayamos delinquido, deber vuestro es poner todo empeño para no haceros responsables de castigo, condenando injustamente a quienes no han sido convencidos judicialmente... Tratándose de nosotros, tomáis el nombre como prueba, siendo así que, si por el nombre va, más bien debierais castigar a nuestros acusadores”.<sup>36</sup>

En la misma apología dice aún Justino: “Diciendo nosotros cosas semejantes a los griegos, somos los únicos a quienes se odia por el nombre de Cristo y sin cometer crimen alguno, como a pecadores se nos quita la vida. Y ahí tenéis que unos acá y otros acullá dan culto a árboles y a ríos, y a ratones, y a gatos, y a cocodrilos y a muchedumbre de animales irracionales... Y esto es lo único que vosotros nos podéis recriminar, que no veneramos los mismos dioses que vosotros”.<sup>37</sup>

Los romanos creían que esto constituía un peligro para el imperio. Los mismos cristianos no lo veían así, sino de modo totalmente opuesto, según varios testimonios. Ya en la temprana carta de Policarpo se dice a los filipenses que recen por los reyes y autoridades: “Rogad por todos los santos. Rogad también por los reyes, autoridades y príncipes, y por los que os persiguen y aborrecen, y por los enemigos de la cruz”.<sup>38</sup> Melitón de Sardes, en un pasaje conservado por Eusebio, escribía así al emperador Marco Aurelio: “Efectivamente, nuestra filosofía alcanzó su plena madurez entre bárbaros; pero habiéndose extendido también a tus pueblos bajo el gran imperio de tu antepasado Augusto, se ha convertido, sobre todo para tu reinado, en un buen augurio, pues desde entonces la fuerza de los romanos ha crecido en grandeza y esplendor. De ella eres tú el deseado heredero y seguirás siéndolo con tu hijo si proteges a la filosofía que se crió con el imperio y comenzó a la vez que Augusto y a la que tus antepasados incluso honraron al par que a las demás religiones... Sólo Nerón y Domiciano, persuadidos por algunos hombres malévolos, quisieron calumniar a nuestra doctrina, y ocurre que de ellos derivó, por costumbre irracional la mentira calumniosa contra tales personas”.<sup>39</sup>

Justino, por los mismos años, afirmaba que el cristianismo era una aliado para mantener la paz: “Nosotros somos vuestros mejores auxiliares y aliados para el mantenimiento de la paz, pues profesamos doctrinas como la de que no es posible que se le oculte a Dios un malhechor, un avaro, un conspirador, como tampoco un hombre virtuoso, y que cada uno camina, según el mérito de sus acciones, al castigo o a la salvación eterna”.<sup>40</sup>

Y Tertuliano escribía: “Porque nosotros invocamos por la salud de los emperadores al Dios eterno, al Dios verdadero, al Dios vivo, al que los mismos emperadores prefieren tener propicio a todos los demás. Ellos saben quién les ha dado el imperio; saben, en cuanto hombres, quién les ha otorgado también la vida; sienten que El es el único Dios bajo cuyo poder están, en segundo lugar, siendo los primeros después de El, antes y por encima de todos los dioses”.<sup>41</sup>

Que la causa principal de las persecuciones fuese el hecho de ver en el cristianismo un peligro para el imperio, lo confirmaría el cambio que se dio de modo explícito a partir de Decio, al indicar precisamente esta causa de las persecuciones. Tal vez habría que añadir aún que algunas estructuras de orden social, parecían igualmente

---

<sup>36</sup> Justino, *Apología I*, 4,1-4

<sup>37</sup> *Ibid.*, 24,1-2

<sup>38</sup> Policarpo, *Ad philipenses*, 12,3

<sup>39</sup> Eusebio, *Historia eclesiástica*, IV,26,7

<sup>40</sup> Justino, *Apología I*, 12,1

<sup>41</sup> Tertuliano, *Apologético*, 30,1

amenazadas por el cristianismo. Una de ellas era la esclavitud. El cristianismo no la condenó; pero sí admitió la dignidad humana de todos los hombres como hijos de Dios y como hermanos, como se reconocía en el diálogo de Minucio Félix, aunque se entendía al pie de la letra y en sentido obscuro. El papa Calixto I autorizó a las jóvenes cristianas nobles para casarse con esclavos o con hombres de baja condición, sin contraer matrimonio civil válido, cosa que según el derecho romano era un contubernio. Con esto se criticaba también la división de clases<sup>42</sup>.

La situación del cristianismo a principios del siglo III había cambiado mucho. Desde finales del siglo II se había difundido mucho más por todo el imperio, gracias a períodos de relativa tranquilidad. Había ya instituciones culturales cristianas, como la escuela de Alejandría, en la que habían desarrollado su labor docente maestros como Clemente y Orígenes. Este tuvo luego que abandonar la escuela y el año 232 se fue a Cesarea, donde creó una nueva escuela. Había obispos cultos como Cipriano en Cartago. En Antioquía había otro importante centro de estudios. En esta situación de desarrollo del cristianismo, la teoría del peligro que, según los romanos, suponía éste para el imperio, podía cobrar fuerza.

En este sentido habría que entender las recomendaciones que hacía por entonces el historiador Dión Casio en su *Historia*: “Si deseas hacerte de veras inmortal, haz esto así; y además venera sobre todo tú mismo la divinidad según las tradiciones de los antepasados e impulsa a otros a honrarlos. Aborrece y castiga a los que introducen ritos extranjeros, no sólo por respeto a los dioses..., sino porque los que introducen dioses nuevos persuaden a muchos para que adopten costumbres extranjeras, de las que surgen conjuraciones, coaliciones, asociaciones que no son provechosas para la monarquía. No permitas a nadie ser ateo ni practicar la magia”<sup>43</sup>.

La tesis del peligro para el imperio podía ser utilizada por algún emperador que se la volviese a tomar en serio. Y esto sucedió con el emperador Decio (248-251). Este se propuso devolver a la religión del estado su antiguo esplendor, que había venido a menos por la tolerancia de los Severo con el cristianismo y con otras religiones sincretistas orientales. Así pues, Decio consideró al cristianismo como el mayor enemigo del estado, tal como él lo concebía. Escribe Llorca: “En adelante se persigue al cristianismo fuerte y poderoso como a un rival, como al mayor enemigo del imperio romano, como un obstáculo para la reconstrucción del imperio”. Y añade que ahora los mártires morían no por calumnias de otra naturaleza, sino únicamente por ser cristianos, por defender los principios cristianos.<sup>44</sup> De todos modos, esta causa había estado presente desde el principio, según se ha visto en los casos antes citados, aunque se alegasen otras causas muy variadas.

A la persecución de Decio siguieron otras no menores ni menos crueles. La primera fue la de Valeriano. El motivo era el mismo. En un momento histórico en el que el imperio era amenazado desde fuera por francos, alamanes, godos y persas, Macriano, un consejero del emperador convenció a éste de la necesidad de combatir al cristianismo, visto como el enemigo de dentro. La persecución terminó con la muerte del emperador, hecho prisionero por el rey Sapor de Persia. Posteriormente se desencadenó la gran persecución de Diocleciano.

Estas persecuciones tenían un esquema parecido. Iban encaminadas sobre todo a lograr apóstatas: A que ofrecieran sacrificios a los dioses (*sacrificati*), a que ofrecieran incienso (*thurificati*) o a que mostrasen, al menos, el certificado de haberlo hecho (*libellatici*); la alternativa a esto era el martirio. Los historiadores cristianos reconocen

<sup>42</sup> J. M. Blázquez, *El nacimiento del cristianismo*, p. 91

<sup>43</sup> Dión Casio, *Historia* LII, 36,1-2

<sup>44</sup> B. Llorca, *ibid.*, p. 272

que hubo abundantes apostasías, sobre todo en la persecución de Decio. Pero una vez pasado el peligro, la larga controversia acerca de los que habían sucumbido (*lapsi*) demostró también que muchas apostasías habían sido por debilidad.

Sobre todo, hubo en todo tiempo resistencia y muchos mártires, que prefirieron morir antes que apostatar de su fe. Se podría pensar que en una persecución como la de Nerón pudo haber atropellos y ejecuciones por simple denuncia. Pero en persecuciones posteriores se puede constatar repetidamente que a los mártires se les da la posibilidad de librarse del martirio si apostatan de su fe o si veneran a los dioses romanos. Este es el caso de los mártires de Bitinia, según la carta de Plinio, quien dice: “A los que persistían, los mandé ejecutar”; y juzga a los denunciados según esa norma. Y este es también el caso de los mártires escilitanos, de Perpetua y Felicitas y de tantos otros, que nos refieren las actas de los mártires.

Acerca del número de mártires a lo largo de todas las persecuciones se ha escrito mucho y ha habido tesis diferentes. Harnack afirmaba que para comienzos del siglo IV se podría hablar de 1800 cristiandades. Ruíz Bueno, en su edición de las *Actas de los mártires* cree que sobre esa base se podría hablar de un número de mártires entre 50.000 y 100.000. En todo caso, fueron muy numerosos. Estos hechos, repetidos a lo largo de dos siglos y medio, demostraban bien a las claras que con la persecución no se lograba ni aniquilar ni reducir la fuerza de la religión cristiana. El cristianismo fue siempre a más.

También el temor de los emperadores al cristianismo ponía de relieve su reconocimiento de la fuerza de la religión para el orden político y social. De ahí su empeño en favorecer a las religiones que pudieran serles útiles para sus concepciones del estado y del orden social, y de reprimir las que consideraban como un peligro para mantener el orden o la concepción del estado que ellos querían mantener en vigor. Esto implicaba también un deseo de instrumentalizar la religión.

Las persecuciones demostraban claramente que al cristianismo se le reconocía una gran fuerza, aunque fuera contraria a los intereses de los emperadores. Demostraban además que la fuerza del cristianismo se imponía por sí misma, que no se la podía contrarrestar con argumentos y que había que recurrir a la fuerza bruta. Pero tampoco esta fuerza represora se había mostrado muy capaz de contener la fuerza vital de la joven religión cristiana, sino más bien todo lo contrario; el cristianismo siguió su difusión de modo imparable.

### 3. Cambio de situación con Constantino

Llegamos así a la nueva situación de la victoria del cristianismo en el reinado de Constantino. ¿Qué experiencia tuvo realmente Constantino para su cambio de conducta con el cristianismo? El historiador Eusebio habla de este hecho en dos lugares: En la *Vida de Constantino* y en la *Historia de la iglesia*. En la primera habla de una visión diurna de Constantino, en la que éste vio aparecer el signo de la cruz; y de otra visión nocturna en la que se le decía: *toutv nika*: Con este signo, vence. Añade Eusebio que Constantino hizo grabar inmediatamente el signo de la cruz en los estandartes. Pero el mismo Eusebio en su *Historia* dice únicamente que Constantino acudió a Dios en demanda de auxilio. Esto estaría más de acuerdo con la inscripción *instinctu Divinitatis*, que se lee en el arco de Constantino<sup>45</sup>.

---

<sup>45</sup> Ibid., pp. 355-356

Desde un punto de vista histórico, habría que tener en cuenta otros elementos de carácter personal y de tipo político. Consta por otros documentos y monedas que Constantino era ya hombre religioso, de tendencia monoteísta y seguidor de la religión del sol invicto. Esta tendencia monoteísta lo acercaba ya al Dios de los cristianos. Por otra parte, como buen político, Constantino tenía experiencia de la difusión y fuerza del cristianismo. Las largas y reiteradas persecuciones, en particular las últimas, habían mostrado el fracaso de éstas para eliminarlo; y al mismo tiempo habían puesto de relieve la fuerza de la nueva religión cristiana, sobre todo en la fortaleza de miles de mártires. Ante estos hechos, desde un punto de vista político, parecería preferible aprovechar aquella fuerza joven y vigorosa para fortalecer el imperio, más bien que combatirla. Constantino parecía convencido, por otra parte, de que el cristianismo no constituía un obstáculo para el imperio romano, cosa que habían afirmado varios de los apologetas cristianos, como hemos visto.

En este contexto de ideas se desarrollaron los hechos políticos que llevaron a Constantino a unir todo el poder del imperio. En occidente surgió la rivalidad entre Constantino y Majencio. Que ante la batalla de Puente Milvio Constantino, hombre religioso, invocase a los dioses, al sol invicto y al Dios de los cristianos, que les daba a éstos tanta fortaleza, parece del todo natural, fuera lo que fuera de las visiones narradas por Eusebio. La victoria fue de Constantino; y a raíz de ella fue promulgado el edicto de Milán, en el cual se daba por primera vez al cristianismo derecho de ciudadanía y amplia libertad, como a toda otra religión: *Liberam potestatem sequendi religionem quam quisque voluisset*.

Pero los favores de Constantino al cristianismo no se quedaron ahí, sino que se fueron acrecentando. Regaló a los papas el palacio de Letrán, hizo construir las basílicas de San Pedro, San Pablo y San Lorenzo, liberó al clero de los servicios municipales, tomó como consejero a Osio de Córdoba, etc. Y entretanto seguía siendo *pontifex maximus* de la religión romana. Pero su inclinación hacia el cristianismo fue cada vez mayor.

Esta nueva política con el cristianismo había sido pactada con Licinio, que se había convertido en el único jefe del oriente. Pero Licinio, como buen pagano, ante el auge imparable del cristianismo, desencadenó una nueva persecución. Constantino tomó entonces la defensa decidida del cristianismo y derrotó a Licinio en Adrianópolis (323), quedando como única y suprema autoridad del imperio.

Un paso decisivo se dio en 326. Constantino volvió a Roma después de diez años de ausencia y notó que era recibido con una gran frialdad. El ambiente pagano de Roma veía con desconfianza la conversión de Constantino al cristianismo. Y Constantino creyó que una renovación del imperio romano tenía que empezar por renovar la capital. Una renovación de Roma le pareció imposible y decidió llevar la capital del imperio a otro lugar, a Bizancio; el mismo año 326 puso la primera piedra. También ahora creía Constantino que la religión debía ser base fundamental para la vida del imperio. Pero no la religión pagana, sino la religión cristiana, joven y llena de vigor.

No hace falta decir que también en esta nueva fase y en este nuevo contexto se reconoce la fuerza de la religión cristiana. Aún más, se la reconoce como la más fuerte de aquel mundo romano. Sobre ella se quieren fundar ahora los valores del imperio.

Que esto implicaba o al menos tenía el peligro de instrumentalizar la religión, parece un hecho. Preguntarse por los inconvenientes y ventajas de este proceso y hacer una apreciación del mismo, son otros temas, que requerirían amplios conocimientos históricos y largos análisis. No podemos entrar en ellos. Lo que queríamos hacer ver es la fuerza del cristianismo primitivo. Esta parece clara en las diferentes manifestaciones: En la rápida difusión del cristianismo, en la heroica resistencia de los cristianos a las

persecuciones y en el reconocimiento de los mismos emperadores romanos, primero al combatirlo y luego al intentar aprovechar su fuerza para renovar el imperio sobre los valores de la religión cristiana.

#### 4. Fundamento de la fuerza de la religión cristiana

Ante estos hechos habría que preguntarse a qué se debía la fuerza del cristianismo primitivo en su expansión y en su resistencia. ¿Cuál fue su motivación interna? ¿De dónde procedía? Una respuesta a estas preguntas exigiría ir más allá de la historiografía y llegar hasta el acaecer histórico en su vida misma; exigiría hacer una verdadera fenomenología hermenéutica de la religión y llegar al mismo ser de la existencia religiosa, en este caso cristiana, de aquellas comunidades de los comienzos.

Algunos historiadores mencionados vieron ciertos motivos. Cecilio, personaje del diálogo *Octavio*, de Minucio Félix, da en un momento del diálogo esta explicación: El mal se propaga de modo más rápido, dada la corrupción de costumbres existente. Y más adelante afirma: “Con admirable necedad e increíble audacia desprecian los tormentos presentes, mientras tienen reverente temor por lo incierto y por lo futuro, temen morir después de la muerte y entretanto no temen morir”.<sup>46</sup>

Según esto, lo que les daba fuerza sería el peligro de morir para la vida futura y la esperanza de alcanzar esta vida. La esperanza de obtener los bienes futuros era en ellos más fuerte que los tormentos presentes, incluida la muerte. Esto al historiador romano le parece una necedad.

Celso veía también la fuerza de los cristianos en la esperanza de la resurrección, lo que constituiría una contradicción, según él: “¿Qué cosa habrá más absurda que vuestro dogma de la resurrección? ¡Esperáis y deseáis que vuestro cuerpo resucite tal como es, como si no tuvierais nada mejor y más precioso, y enseguida los exponéis a los suplicios como una cosa vil!”.<sup>47</sup>

Ahora bien, las visiones de estos autores se dan totalmente desde fuera; y no parece posible llegar al interior de las vivencias religiosas de un mundo de la vida que le es totalmente extraño al que lo describe. Quienes menos estaban en disposición de comprender aquellas vivencias serían, seguramente, estos historiadores hostiles al cristianismo, con una visión del mundo, del hombre y de la vida no sólo totalmente diferentes de la visión cristiana, sino enfrentada y hostil a ella.

El camino para llegar al mundo interno de la vida de aquellos cristianos sería, sobre todo, el examen de los hechos y de los motivos declarados por los mismos testimonios cristianos que los vivieron, especialmente por los testimonios de los propios mártires. Habrá que preguntarles a ellos mismos qué es lo que vivían, cuáles eran sus persuasiones; habrá que oír lo que dicen de su propia actitud. Parece obvio que debían tener una experiencia religiosa y unas vivencias particulares muy fuertes, para llegar a aquel comportamiento heroico; y parece también que el camino para intentar llegar a aquellas vivencias religiosas serán sus propias manifestaciones.

En algunos casos los testimonios son de los propios mártires. En otros muchos casos los autores que los escribieron son distintos de los que los vivieron. Eso quiere decir que las vivencias están interpretadas y pueden estar retocadas. Pero también habría que preguntarse si para más o para menos. De todos modos, son también cristianos los que las escribieron y habría que considerar como probable que también éstos tuvieran

<sup>46</sup> Minucio Félix, *Octavio*, VIII,5

<sup>47</sup> Celso, *El discurso verdadero*, 108

vivencias parecidas, ya que vivieron en aquel mismo mundo de una vida cristiana perseguida, en la que el martirio le podía tocar a cualquiera.

El método más adecuado para analizarlas, según un temprano curso de Heidegger sobre *Fenomenología de la vida religiosa*, sería la fenomenología, que quisiera ir más allá de toda comprensión temática y llegar al mismo mundo de la vida, a las vivencias. Tampoco cree Heidegger que este método sea del todo seguro ni exhaustivo. “La indicación formal renuncia a la comprensión última, que sólo puede ser dada en la genuina vivencia religiosa”.<sup>48</sup> A la comprensión última y vital no llega tampoco la fenomenología. Esta reconoce también sus límites desde el principio y deja lo incomprensible en su incomprensibilidad; pero sería el camino menos deficiente<sup>49</sup>. Sobre todo, sería preferible a la historia de las religiones, que ha pretendido y sigue pretendiendo llegar y comprender la esencia de la religión mediante un método científico de investigación. También sería preferible a una filosofía de la religión que parta de visiones del mundo y del hombre que no está dispuesta a poner en duda. Y Heidegger contrapone también esta postura a la de prestigiosos teólogos como Troeltsch.

Heidegger se plantea otra objeción más profunda a la posibilidad de llegar a comprender el mundo del cristianismo primitivo: Este queda muy lejos de nosotros y nos es desconocido. Y responde que, objetando así, el problema se plantea de un modo teórico-cognitivo, y que se plantearía de manera errónea desde el comienzo. El problema de la comprensión y de la compenetración con una situación fenomenológica no es teórico-cognitivo, sino que es más profundo, como hemos dicho. Hay que llegar a una conceptualización más originaria, en la cual tiene su origen y de la cual se deriva la que nos es usual; hay que llegar al mundo de la vida. Y Heidegger cree que no se puede llegar a ella sin la tradición: “El problema de la compenetración no se puede resolver sin el fenómeno de la tradición, de la experiencia histórico-fáctica de la vida”.<sup>50</sup> Hoy, como ayer, parece imposible comprender y compenetrarse con una situación del mundo de la vida si no se está dentro de la corriente vital del mismo. Y esta corriente se conservaría precisamente dentro de la tradición viva.

Con este moderado optimismo y con estas reservas Heidegger busca una explicación de la situación del mundo de la vida de Pablo y de la comunidad primitiva de Tesalónica. Pablo vive en una nueva situación, que ha sido creada porque ha terminado un tiempo y ha irrumpido otro nuevo, con la muerte de Cristo. Pablo ha tenido una experiencia que lo ha metido de lleno dentro de esta situación y quisiera hacer partícipes de ella a todos.

Heidegger llega a la conclusión de que el fenómeno fundamental es la espera de la vuelta del Señor en un plazo de tiempo breve. La brevedad fue entendida primero en sentido cronológico; se esperaba una pronta llegada de la parusía. Pablo corrige esta concepción de la comunidad. A la pregunta por el “cuándo” responde Pablo exhortando a estar despiertos y a vigilar, porque el día del Señor llegará de forma repentina e inesperada. El *cuándo* de la parusía está determinada por el *cómo* del comportamiento. Lo que importa no es el *cuándo*, sino el estar preparados, el estar atentos y vigilantes: “Esto, pues, os digo, hermanos: El tiempo es limitado (*kairoç sunestalmehoç estin*). Por lo demás, que aun los que tienen mujeres se hayan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se gozan, como si no se gozasen... Porque pasa la configuración de este mundo”.<sup>51</sup>

<sup>48</sup> M. Heidegger, *Phänomenologie des religiösen Lebens*, p. 67

<sup>49</sup> Ibid., p. 131

<sup>50</sup> Ibid., p. 89

<sup>51</sup> I Cor. 7,29-31



Heidegger también quiere dejar claro que el comprender esta vida cristiana tampoco es tema de la teoría del conocimiento. La vida cristiana será escándalo para los judíos y necesidad para los griegos. No se llega a ella por argumentos; es cuestión de fe o de falta de fe; y ésta es don. Heidegger cita un paso de la misma carta: “Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; pues el Espíritu todo lo sondea, aun las profundidades de Dios”.<sup>52</sup> Y comenta que el saber aquí reclama según su propia esencia tener el Espíritu (*pneuma echein*)<sup>53</sup>. El saber, en este contexto, es don; la experiencia fundamental es revelación, es intuición originaria de lo divino, frente a la que también el análisis fenomenológico tiene sus límites. Eso parece que les sucedió a los apóstoles en pentecostés, eso parece también que fue lo que le sucedió a Pablo camino de Damasco, dándoles una gran fuerza de difusión y de resistencia.

Ahí parece que habría que buscar también las respuestas últimas a las preguntas planteadas antes sobre la fuerza de los mártires y de los cristianos de las comunidades primitivas. El análisis que Heidegger hace de Pablo tiene sus limitaciones. Limitaciones cuantitativas, puesto que se refiere sólo a algunas cartas de pablo y dentro de ellas a algunos fenómenos; y limitaciones cualitativas, porque parece que no llega a la experiencia de lo divino como experiencia fundamental, en la cual se funda también la espera de la parusía. De todas formas, el método parece adecuado y el análisis llega a la vida religiosa por dentro, a las vivencias religiosas<sup>54</sup>.

Aquellos cristianos habían llegado a una experiencia de lo divino, que los ponía en un horizonte nuevo, en un horizonte de salvación, en el que quedaba relativizado todo lo demás, incluida la propia vida. Muchos la perdieron, pero no renunciaron a sus convicciones, que les prometían una vida superior capaz de llenar todas sus aspiraciones. Esta se fundaba en el poder de Dios, que era capaz de recuperar de modo definitivo la vida, la historia de cada uno y la historia general.

## BIBLIOGRAFIA

### 1. AUTORES ANTIGUOS

*Carta a Diogneto*, Edic. D. Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*.

Celso, *El discurso verdadero contra los cristianos*. Edic. S. Bodelón, Madrid, Alianza, 1989.

Dión Casio, *Historia romana*. Ed. M. L. Freyburger – J. M. Roddaz, Paris, Les Belles Lettres, 1994.

Eusebio, *Historia eclesiástica*. Ed. A. Velasco, Madrid, BAC, 1973

Justino, *Apología I*. Ed. D. Ruiz Bueno, *Padres apologetas*.

- *Diálogo con Trifón*. Edic. D. Ruiz Bueno, *Padres apologetas*.

Mínucio Félix, *Octavio*. Ed. J. Beuajeu, Paris, Les Belles Lettres, 1964.

Plinio, *Epistolarum*. Ed. R. A. B. Mynors, Oxford, Biblioteca Oxoniensis, 1988.

Policarpo, *Ad philipenses*. Edic. D. Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*.

Suetonio, *Vitae Caesarum, Domicianus*. Ed. H. Ailloud, Paris, Les Belles Lettres, 1964

<sup>52</sup> I Cor. 2,10

<sup>53</sup> M. Heidegger, *ibid.*, p. 123

<sup>54</sup> Cf. M. Berciano, *Análisis de algunos fenómenos religiosos en Pablo*, pp. 73-77

Tácito, *Anales*. Ed. C. D. Fisher, Oxford, Bibliotheca Oxoniensis, 1963/76.  
 Tertuliano, *Apologético*. Ed. J. P. Waltzing, Paris, Les Belles Lettres, 1961

## 2. AUTORES RECIENTES

- M. Berciano, “Análisis de algunos fenómenos religiosos en Pablo, según M. Heidegger”. En *Lucus*, 1 (2000) 41-78  
 J. M. Blázquez, *El nacimiento del cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1996  
 M. Heidegger, *Phänomenologie des religiösen Lebens*, Frankfurt, Klostermann, 1995  
 B. Llorca, *Historia de la iglesia católica*, vol. 1, Madrid, BAC, 1964  
 Cf. J. Quasten, *Patrología*, vol. 1, Madrid, BAC, 1961  
 Ruíz Bueno, D., *Actas de los mártires*, Madrid, BAC, 1951  
 - *Padres apostólicos*, 5ª ed., Madrid, BAC, 1985.  
 - *Padres apologetas*, 2ª ed. Madrid, BAC, 1979